

LA VOZ
DE LOS
RETRATOS

La voz de los retratos

©2020 Aurora Villalba Navarro

© de esta edición: Libros de Seda, S.L.
Estación de Chamartín, s/n, 1ª planta
28036 Madrid
www.librosdeseda.com
www.facebook.com/librosdesedaeditorial
[@librosdeseda](mailto:info@librosdeseda.com)
info@librosdeseda.com

Diseño de cubierta: Mario Arturo
Maquetación: Rasgo Audaz, Sdad. Coop.
Imagen de la cubierta: © Iakov Filimonov/Shutterstock (marcos);
© Africa Studio/Shutterstock (ventana);
Damsea/Shutterstock (paisaje); Aurora Villalba (retratos)

Primera edición: octubre 2020

Depósito legal: M-39498-2019
ISBN: 978-84-17626-36-5

Impreso en España – Printed in Spain

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

AURORA VILLABA NAVARRO

LA VOZ
DE LOS
RETRATOS

Libros de
seda

A Michel, mi gran amor.

«Il ne faut pas toucher aux idoles,
la dorure en reste aux mains».

GUSTAVE FLAUBERT,
Madame Bovary

CAPÍTULO 0

Creo que he hecho bien en venir sola al acantilado. En Sa Punta había demasiada tensión. Los demás se sorprendieron al verme partir e insistieron para que les esperara, pero yo les dije que necesitaba caminar. Así que le pedí a mi padre que me trajera el automóvil aquí, le entregué las llaves y emprendí el camino a través del sendero que cruza el pinar. He llegado sin enterarme. Veinte minutos o media hora, no más. Y aquí estoy, desde hace un buen rato, a la sombra de un pino combado, arrullada por el vaivén de las olas, intentando controlar mi angustia ante la inmensidad del Mediterráneo.

Nunca había pensado que el mar en calma tuviera color de tumba. Y eso que he pintado esta porción de Costa Brava infinidad de veces, siempre atenta, siempre oteando las aguas desde el mismo lugar en que me encuentro hoy. Lo he perfilado en mañanas soleadas de agosto, cuando los rayos convergen directos y crean brillos en la superficie. Me recuerdo en tardes de viento sombreando la base oscura de las olas y definiendo con trazos ligeros el contorno acerado de las crestas de espuma. En octubre utilizaba colores semejantes al plomo, y en mayo rellenaba los lienzos con alegres tintes turquesa y esmeralda. En días de tormenta nunca lo pinté. Aunque me detuve a contemplar el arcoíris sobre el mar aplanado por la lluvia. Hoy el agua parece una masa compacta vetada por el claroscuro de las corrientes. Si tuviera aquí la paleta mezclaría el azul más oscuro con el negro y daría pinceladas nocturnas sobre el lienzo. De este modo recrearía ese mar tenebroso que estoy viendo y tanto se parece a las aguas teñidas del azulete que, en mi infancia, utilizaba mi abuela para lavar la colada.

Durante bastante rato me he sentido demasiado aislada. No obstante, ha sido mejor así. La soledad es imprescindible para enfrentarnos a nuestros fantasmas y yo precisaba oponerme a ellos de una vez. Además, necesitaba tiempo. Tiempo para consolidar el duelo, tiempo para reflexionar, tiempo para despedirme, sin testigos, de este paraje, aunque punce, aunque me enfrente a todo aquello que deseo olvidar. Me encantaría olvidar, pero lo veo difícil. Estoy tan agotada de tantos meses de lucha y encierro que cualquier propósito se me antoja una montaña demasiado empinada.

Ya diviso los vehículos de la comitiva entre los pinos. Circulan lentamente a una distancia prudencial entre ellos para evitar ensuciarse con el polvo del camino. Parece que les dé una pereza infinita llegar. A pesar de sus esfuerzos no tardan en alcanzar la explanada y detenerse en el lado opuesto adonde me encuentro yo.

Adivino a familiares y amigos, que descienden de los vehículos con lentitud junto a los niños y los perros. Sí, los perros. Nuestros perros suelen estar presentes en la mayoría de los acontecimientos. No son más de quince personas. Convinimos en que seríamos pocos, solo los más cercanos y algún íntimo. Caminan pausados, en silencio; sorteando montículos y matorrales mirando fijamente hacia el suelo como si intentaran inmovilizar su pena, como si no quisieran correr el riesgo de que su tristeza se mezclara con la luz. Los miro y siento frío. Un frío intenso que me está helando hasta el aliento, aunque estemos en primavera y hoy haya brillado el sol. Y es que en estos días de duelo la bruma confiere a las aguas un tinte espectral.

Primero se acercan los perros. Me husmean la ropa y se marchan. Luego son los niños quienes corretean hacia mí y se lanzan a mis brazos. En poco tiempo llegan los demás.

—¿Llevas mucho rato esperando? —me preguntan uno a uno con educación.

La frase me suena a estribillo de canción. Respondo que el tiempo discurre muy rápido en este lugar. Me besan. Algunos besos se quedan en el aire. Otros se prolongan en hondos abrazos. No sé exactamente quién me besa. Solo sé que yo ofrezco las mejillas mientras hago chasquear

los labios. Quedamos en un silencio opaco, tan denso que se podría cortar. «Es el silencio de las solemnidades», pienso. Quizá sea que simplemente no sabemos qué decir.

Poco a poco nos hemos reunido ante el filo del abismo. Los niños deambulan inquietos entre nosotros. Nos estiran de las mangas y preguntan cuándo nos iremos. No estoy segura de que haya sido buena idea traerlos aquí. Alguien dijo que debíamos enfrentarlos a la realidad, aunque fuera dura, y los demás accedimos, pero la muerte no es un espectáculo sencillo.

Por no alargarnos la agonía sugiero que empecemos nuestra ceremonia.

—¿Cómo lo hacemos? —pregunta Emma mostrándonos la urna de acero que lleva en las manos.

Los demás se miran, con dudas. No saben. Tampoco yo. Estuvimos de acuerdo en evitar el ruido de las palas, el roce del ataúd contra las paredes de la fosa y el gesto indiferente de los sepultureros. Convini-mos en que sería preferible que volara por los espacios queridos. Pero ahora, ignorantes de nosotros, no sabemos cómo gobernarnos.

Alguien propone rezar unas oraciones, y juntos desgranamos ave-marías ante el vacío. Es la voz de Emma la que guía nuestras plegarias. Suena sorprendentemente serena.

—Dios te salve, María... —recita.

—Santa María... —respondemos los demás.

Aunque nuestras voces se alzan al unísono, nadie se mira a los ojos. La letanía suena a lamento. Debe de ser la culpa que nos atenaza y se confunde con la pena, o esa mentira que se ha instalado entre nosotros y no nos da tregua.

Emma aprieta la urna contra ella. Parece que sea la única libre de falta.

De pronto nos llega el ronco sonido de un motor y nos quedamos en silencio. No tardamos en divisar una lancha que aparece en la lejanía surcando dulcemente las aguas. Transita con suavidad y a su paso deja una estela de espuma y plata. En este día brumoso parece un fantasma. Veo el resplandor del casco abriéndose camino entre las olas y el leve cimbreo de la botavara. Me imagino tumbada sobre la cubierta, dejándome

acunar por la ligereza de su marcha, y siento el deseo de subir y desaparecer. Ojalá pudiera irme lejos y sentir sobre el cuerpo la caricia del sol tamizada por la bruma. La barca sigue su curso y se aleja por el sur hasta que desaparece detrás del faro.

—¿Seguimos? —pregunta Emma.

La animamos a ello.

Emma se vuelve hacia el vacío, abre la urna y la vuelca. De repente el acantilado se llena de un polvo agrisado que queda suspendido ante nosotros. Nunca había sido tan consciente de lo poco que somos. Siento unos brazos pequeños que me presionan la pierna. Acaricio lentamente sus contornos y me aprietan más. Luego oigo un leve lamento; se asemeja al llanto y me quema como el fuego mientras los bracitos me oprimen como si me quisieran perforar. Sopla una racha de aire que convierte en remolinos las partículas de polvo. Emma se aproxima a mí y coloca una mano sobre mi hombro. Algo se me revuelve dentro. Me gustaría apartarla, aunque me quedo a su lado y restriego la cara por el dorso de su mano. Miramos juntas esa extraña danza de las cenizas mientras siento el peso de su contacto. Parece próxima, pero sé que está más lejana que nunca, igual que la mayor parte de mis acompañantes, que, abrazados unos a otros, tienen los ojos fijos en la nube cenicienta que flota sobre el barranco. Un par de gaviotas gritan y los perros, asustados, empiezan a correr. Su carrera, hacia nadie sabe dónde, levanta nubes de polvo y pinaza. Mi madre suspira a mi lado. Es una especie de quejido que utiliza a menudo cuando algo le incomoda, un soplido suave y largo que se va difuminando despacio y parece no terminarse nunca. Ella suspiró de esta manera el día que me entregó aquella carta.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO 1

Mi madre me entregó la carta cuando yo volvía de visitar la tienda de muebles Valentí con una clienta. Recuerdo perfectamente que ese día el rellano de mi casa olía a col.

—Lucía, es para ti —me dijo con ciertas reservas.

No era ninguna novedad que mi madre acudiera a recibirme al descansillo tan solo oír mi llave girar en la cerradura. Así que agarré el sobre y, sin prestarle demasiada atención, me dispuse a entrar.

—¿No lo abres? —insistió.

—Lo haré más tarde —respondí, emprendiendo el camino hacia mi dormitorio—. Estoy cansadísima.

Confiaba en que aquella pequeña revelación, mi fatiga, paliara de alguna forma el atisbo de contrariedad que empezaba a dibujarse en su rostro. Media hora, nada más que necesitaba eso. El tiempo de descansar un rato. No quería desairarla, pero no tenía ganas de hablar. Llevaba varias semanas dando vueltas alrededor de una clienta con la que me había costado muchísimo conectar, especialmente en cuestión de gustos. Y eso que en los cuatro años que llevaba observando a Lola Prat, la interiorista para la que trabajaba y me había enseñado lo increíble sobre técnicas decorativas y empatía, había aprendido a saber con una simple ojeada si debía presentar a mis clientes tapicerías de tonos cálidos o si por el contrario era preferible proponer colores atrevidos. Lo mismo ocurría con el estilo del mobiliario o con el tratamiento de las paredes. Sin embargo, en aquel caso, cada nuevo elemento que se añadía al proyecto suponía una lucha titánica de la que nunca

estaba segura de salir airosa. Lo peor era que sentía que mi dignidad estaba en juego. Era una de las primeras obras que Lola me había permitido llevar completamente sola, y aquello suponía un reto adicional. Por suerte, ya hacía unos días que habíamos enfilado el principio del fin. Lo que nos había ocupado aquella tarde era la mesa de centro, la guinda que restaba para dar la obra por concluida. La semana anterior le había propuesto por lo menos cinco opciones que ella había rechazado. Aquel día, milagrosamente, habíamos dado en el clavo. El objeto de mis desvelos se había enamorado de una mesa lacada en negro y adornada con flores y pájaros dorados. «Por fin», dijo. A pesar de que la mesa en cuestión me parecía espantosa y de que en aquella época yo todavía consideraba un fracaso personal no ser capaz de reconducir de manera adecuada el mal gusto de algunas clientas, estaba infinitamente más aliviada que ella.

—Te aconsejo que abras la carta —insistió mi madre, siguiéndome por el pasillo.

No me sorprendió su persistencia. A mi madre le costaba respetar mis espacios, aunque me extrañó su tono de preocupación. Miré el sobre. Era de color crudo, de papel espeso y rugoso, amplio y de tamaño de tarjetón.

—Es de los Doria —murmuró.

Fue entonces cuando exhaló uno de aquellos suspiros que siempre me ponían en alerta. Me volví hacia ella. Me observaba con gravedad. Luego miré el remitente: Alejandra Doria Blumer. Intuí de lo que se trataba y el corazón me dio un vuelco.

—La abriré ahora mismo —dije.

Con el deseo, probablemente inútil, de que mi madre no se ofendiera demasiado, entré en mi dormitorio y cerré con suavidad la puerta. La imaginé trastornada al otro lado de la pared, pero necesitaba unos minutos de soledad para enfrentarme a aquel sobre punzante que tiré sobre la mesilla en cuanto oí sus pasos alejándose por el pasillo. Me desplomé sobre la cama. En esa ocasión fui yo quien suspiró. Estaba casi segura de lo que contenía la carta: la participación de boda de Alejandra. No era una novedad que Alejandra un

día u otro se casara. Durante los últimos años, aunque solo por teléfono, había estado en contacto con ella. Sabía que iba en serio con el último novio. ¿Eduardo? Sí, se llamaba Eduardo. Sabía que aquello tenía que llegar. Entonces, ¿por qué me faltaba el aire? Hacía tiempo que no sentía esa agitación. Era muy similar a la que había experimentado diez años antes en el primer día de curso del año que repetí.



La clase de octavo B. Ese era mi destino. «Repetir curso no es un deshonor», me decía en silencio mientras recorría el larguísimo pasillo de las clases de EGB. La madre Benilde me tiraba de la mano con energía. «Repetir curso no es un deshonor», me volví a decir. Mi tutora había intentado convencerme de eso diez días antes al comunicarme que, a causa de la hepatitis que me había obligado a perder casi dos tercios del curso anterior, sería mejor que me quedara en octavo. Nuestros pasos retumbaban en el suelo embaldosado y hacían vibrar las cristaleras de las puertas. A nuestras espaldas, el sonido languidecía hasta perderse en aquellos techos tan altos. No es un deshonor. Me esforzaba en creer que aquello era cierto, pero no lo conseguía. Me había pasado el verano quemándome las pestañas ante libros repletos de conceptos que era incapaz de entender. «La vida no es un camino de rosas», decía mi padre al verme desfallecer. «Tú lo conseguirás», me azuzaba mi madre. En su tono adivinaba una gran confianza. Ambos estaban convencidos de que habían engendrado dos hijos muy inteligentes. Rómulo, mi hermano, bastante mayor que yo, lo había demostrado con creces. A los veintitrés años estaba preparándose para examinarse del MIR, y en su currículum constaban grandes éxitos académicos. A mi madre se le llenaba la boca de orgullo al explicar que la medicina corría por nuestras venas y me incluía a mí, como si el hecho de ser hija de un médico y de una enfermera tuviera que condicionar mi vocación. Yo les había fallado de una forma estrepitosa. Ninguno de los dos me había hecho el más mínimo reproche, aunque sabía de su decepción.

—Vamos, Lucía, acelera, que pronto sonará el timbre —me azuzó la madre Benilde tirando de mí con brío.

Me costaba avanzar. Cada año había caído en mi curso alguna repetidora. Acostumbraban a presentarse con aires de superioridad; sin embargo, no tardaban en verse encogidas y distantes. Un día, entre lloriqueos, revelaban que añoraban a sus antiguas amigas y aprovechaban las horas de recreo para encontrarse con ellas. En mi caso iba a resultarme imposible. El aula de mis compañeras de siempre, que iban a iniciar BUP, estaba en un pabellón muy lejano al mío. Caminábamos en silencio, yo un par de pasos por detrás de la madre Benilde. Me pesaban los pies y el brazo me parecía cada vez más largo. Su corta estatura —no creo que sobrepasara el metro y medio— me obligaba a encorvarme para estar a su altura. Empecé a sudar. Desde que habíamos coincidido en la escalinata del atrio me sujetaba la mano como un garfio.

Por absurdo que pueda parecer, una de las cosas que más me alteraban era que la madre Benilde me había obligado a desenrollarme la falda del uniforme. Sí, una falda recién comprada, tableada, azul marino, que me llegaba hasta las rodillas y me confería un espantoso aire de convento. Me aterraba presentarme en mi nueva clase con aquella facha. La del año anterior me había quedado estrecha y mi madre me había comprado una muy grande por si crecía. «Nunca se sabe, a tu edad se dan varios estirones», había dicho dándome largas cuando le supliqué que me la acortara. ¿Cómo iba a crecer más si medía ya un metro sesenta y nueve? ¿Qué esperaba? ¿Qué agujereara los techos? Mi madre sabía que las pocas religiosas que quedaban en el colegio nos enviaban a casa si llevábamos la falda demasiado corta y se negó a menguarla. Yo también lo sabía. Por ese motivo opté por envainarme en aquella falda monjil y darle varias vueltas a la altura de la cintura. Era un recurso que utilizábamos muchas.

Cruzamos a un grupo de cuarto que berreaba en el pasillo. La madre Benilde se detuvo y me soltó la mano. Me froté la muñeca y aproveché para volver a arrebujaarme la falda.

—¿Qué es este griterío? —exclamó, poniéndose en jarras.

A través de las cristaleras vi corros de amigas que se abrazaban. Nunca un principio de curso me había parecido tan negro. El aislamiento había sido muy largo. En los primeros meses no había podido recibir visitas ante el peligro de contagio. Por las mañanas, mi padre me tomaba la temperatura. «No baja», murmuraba. Luego se encerraba en el despacho donde pasaba consulta por las tardes y desaparecía. «Sh, papá necesita silencio», musitaba mi madre. Era una habitación sin ventana, situada junto al recibidor, que en las tardes se convertía en sala de espera. Quedaba relativamente aislada del resto de la vivienda, aunque uno de los tabiques lindaba con mi habitación. Tenía a mi padre apenas a unos metros de distancia y nunca oí nada más que algún suspiro. Estudiaba. Decía que un médico tenía la obligación de reciclarse. «Nada es fácil, muchacha», decía. A pesar de que a lo largo de mi infancia me había sentido muy honrada de ser la hija de un hombre sabio, a mis quince años empezaba a cuestionarme de qué debía servirle tanta sabiduría. Mi padre era médico de cabecera. La mayor parte de sus pacientes eran ancianos que le exponían sus dolencias con reverencia: «Sí, doctor; no, doctor» y seguían con minuciosidad sus instrucciones. No obstante, tenían color de final. En aquello había algo de determinismo que me resultaba deprimente.

A veces, mi hermano Rómulo entraba en el despacho para debatir algún concepto con mi padre. Los oía conversar sobre síntomas y medicaciones. En alguna ocasión los oí reír. Eran risas cortas. Rápidamente volvían a sus quehaceres, como si reírse fuera un lujo solo al alcance del que está dispuesto a perder el tiempo. De vuelta a su estudio, Rómulo se asomaba por la puerta y me gastaba alguna broma. Después se marchaba.

Mi madre solía pasar la mañana trasteando por casa. De vez en cuando aparecía por mi habitación: «¿Qué me cuenta mi niñita? Tápate, que hace frío. ¿Te apetecerá un caldito?» y se sentaba a mi lado contándome que el caldo llevaba dos horas hirviendo a fuego lento. Aunque me importaba muy poco el tiempo de ebullición del caldo, la dejaba hablar. Sabía que lo necesitaba. Mi padre casi no se comunicaba y ella apenas tenía amigas. A menudo me llenaba de arrumacos. «¿Quién te quiere más que nadie?». Y yo me dejaba achuchar.

—Esta niña se nos volverá tonta —bromeaba Rómulo.

Quizá tuviera razón. Tal vez fueron aquellos mimos y los que recibí durante toda mi infancia los que hicieron que tendiera a la fascinación y a creer que mi felicidad dependía de los demás. Aun así, ¿cómo iba a resistirme? Mi madre era menuda, tenía unas mejillas carnosas que apetecía pellizcar, olía a jabón y a ropa limpia y solo deseaba agradar. Además, me gustaba evocar aquellas tardes en que me sentaba sobre sus rodillas y me contaba historias de príncipes y princesas. Mi madre era una excelente contadora de cuentos. *Rapunzel* era mi preferido. Ella describía con minuciosidad las largas trenzas de la protagonista, su gran donaire y su triste encierro. El príncipe siempre llegaba para rescatarla. «Los príncipes nunca fallan», decía mi madre.

Sus atenciones empezaron a molestarme cuando las expresaba en público, en especial delante de mis amigas. Todo cambia para una adolescente cuando sus amigas están presentes. En aquellos días las mías me llamaban continuamente. Decían que me echaban de menos. En el momento que en casa dejaron de desinfectar mis cubiertos y empezaron a lavar mis prendas con las del resto de la familia permitieron que mis amigas vinieran a visitarme. Acudían los viernes por la tarde, oía su jolgorio antes de que sonara el timbre. Sentía que una brisa de aire limpio estaba a punto de entrar para refrescarme el alma. Llegaban en grupo, riendo, inmersas en conversaciones sobre novedades de las que yo no participaba y despertaban en mí una necesidad impaciente de volver al universo de los sanos. A veces mi madre se sentaba entre nosotras. «¿Molesto?». Claro que molestaba. Solía llevar la bata blanca de enfermera que utilizaba por las tardes para recibir a los pacientes de mi padre. «¿Os gusta mi modelito?». Mis amigas forzaban una risita de compromiso y las conversaciones enflaquecían. De pronto mis amigas se marchaban. Era viernes, la disco, ya sabía. Me quedaba con mamá, que comentaba que había que ver lo mal que planchaban algunas madres. Fue en aquellos momentos cuando sus esmeros empezaron a fastidiarme. «No hay para tanto», me miraba dolida cuando la acusaba furiosa de que mis amigas se habían marchado por su culpa.

Más adelante, las visitas fueron espaciándose. Al final, como un automóvil accidentado, quedé sola en el arcén. Descubrí que una de las caras de la enfermedad es el destierro. No me gustó aquella revelación.

Pensaba en eso mientras oía a la madre Benilde reñir a dos niñas que no llevaban uniforme.

—¿Ni siquiera el primer día de curso lo tenéis a punto? —decía.

Me miró un instante y me hizo un gesto para que la esperara. Asentí. Durante ese rato imaginé lo que me aguardaba. Llegaríamos a la puerta del aula. Las muchachas, esas compañeras a las que apenas podía poner cara —porque en un colegio jamás se presta atención a los alumnos de cursos inferiores—, estarían inmersas en saludos y efusiones. La madre Benilde palmearía con energía. Risas ahogadas, toses y un montón de señales. La religiosa subiría al estrado, me indicaría que me acercara y me presentaría. Probablemente explicaría lo de mi enfermedad. Las niñas me mirarían curiosas, con un poco de compasión y yo desearía hacerme invisible. La madre Benilde me adjudicaría un lugar junto a una de mis nuevas compañeras. Seguramente una niña pacífica, sensible y abierta a la que habría puesto en antecedentes de mi caso. Alguna vez me habían preparado para acoger a una repetidora. «No ha podido pasar de curso, no conoce a nadie, buen momento para practicar la caridad», solían aconsejarnos. La niña pacífica, sensible y abierta cargaría con el peso de que no me sintiera tan mal. El estómago se me encogía al pensar en la caridad.

Sonó el timbre.

—Vamos —volvió a instarme la madre Benilde mirando su reloj.

Tardé un poco en seguirla. Los rulos que había hecho con la falda se me escurrían. Intenté sujetarlos y mi tutora se dio la vuelta.

—¡Mira que eres tozuda! —Y miró al cielo, como si implorara paciencia—. Acelera, Lucía, tienes suerte de que se nos esté haciendo tarde.

Aprovechando su condescendencia terminé de arremangarme y me apresuré para alcanzarla. Pasamos bajo el lucernario. El sol nos llenó de luz e intensificó aquella mezcla de aromas a lejía, colonia y bocadillo tan conocidos. Así olían los espacios de mi colegio. También era un poco mi hogar. Lo mejor sería terminar de una vez. Al fin y al cabo, era

lo único que podía hacer. Nunca más me quedaría en el arcén, nunca más. Nuestros pasos sonaron bravos. «Repetir curso no es un deshonor», volví a decirme. Casi logré creerlo mientras me aseguraba de que la falda estuviera correctamente colocada a la altura de los muslos.



Aquello quedaba muy lejos. Había superado largamente mis estudios, vestía según mi antojo y mis faldas tenían la largura que me daba la gana. Aun así, me temblaba la mano como antaño cuando decidí recoger el sobre que me esperaba en la mesilla de noche. Lo retuve unos instantes. «Lucía Romagosa», leí. Después le di un par de vueltas con la aprensión del que teme que le explote entre los dedos. Busqué el extremo de la solapa, tiré suavemente y extraje el tarjetón. Era una invitación en toda regla, sobria y tradicional. El texto, sobre papel crudo, estaba escrito con letra inglesa. Leí varias veces el enunciado: «Carlos Doria Caralt y Valeria Blumer Escoda le invitan a la boda de su hija Alejandra, que se celebrará en Sa Punta». ¿Sa Punta? Bonito lugar para una boda. Sabía perfectamente lo que suponía aceptar la invitación. Volver a encontrarme con los Doria después de cinco años. ¿Lo deseaba?

Releí el texto. «Carlos y Valeria casan a Alejandra». Silabeé lentamente sus nombres. Pensé en los miembros Doria que no aparecían en la tarjeta, Emma y Gonzalo. También los pronuncié. Carlos, Valeria, Alejandra, Gonzalo y Emma; volver a nombrarlos me hacía sentir una emoción antigua, la misma que suele despertarme el olor a palomitas que se extiende sobre el recinto de las ferias, algo parecido al dulce y sutil recuerdo de las montañas rusas que Emma y yo frecuentábamos al salir del colegio durante la fiesta mayor de Sarriá.



Emma Doria fue la niña pacífica, sensible y abierta que me adjudicó nuestra tutora para mi integración. Curiosos adjetivos, visto desde el presente. Sabía de ella. Probablemente era la única niña de aquella

clase de la que sabía el nombre. Las Doria eran muy populares en el colegio. Emma y su hermana Alejandra solían suscitar comentarios acalorados. Se decía que su familia era riquísima, y ese concepto de fortuna deambulaba por nuestras mentes fantasiosas como algo difuso, enorme y espectacular, imposible de ser calibrado. Por lo que se contaba, la fortuna venía de una empresa textil, o varias, nadie lo sabía bien, que habían fundado antepasados emprendedores. O sea, no eran nuevos ricos, y ello les confería un prestigio adicional. ¿Quién sabe?, quizá cada una de nosotras llevaba alguna prenda fabricada con sus telas y nadie podía sustraerse a la sonatina de su ilustre apellido. Además, eran medio extranjeras, o eso se decía. Como mínimo, su segundo apellido era Blumer. Por lo visto, su abuelo o bisabuelo, tampoco se aclaraba nadie, había sido miembro de la nobleza inglesa. Eso era lo que más impresionaba. Nadie sabía adónde había ido a parar el supuesto título. Pero aquello era lo de menos. Sus apellidos retumbaban en nuestras cabezas y nos llenaban de edenes cinematográficos. Lo que parecía indiscutible era que ambas hermanas, de tez blanca y pecosa y pelo dorado, no tenían un colorido latino y que siempre manejaban objetos y prendas que no teníamos las demás. Nuestra adolescente tendencia al deslumbramiento las convertían en piezas excepcionales no solo porque no sabíamos dónde encontrarlas, sino porque se suponía que se habían adquirido en una tienda muy elegante de alguna ciudad extranjera. Esa imposibilidad de acceder a ellas las convertía en el máximo exponente del deseo y ponía a las Doria en clara posición de superioridad, amén de que tenían fama de ser muy simpáticas y se decía que su hermano era guapísimo.

Agradecí llevar la falda arremangada en la cintura; me había permitido una entrada decorosa. Emma me sonrió en cuanto ocupé mi asiento. Tenía una sonrisa muy agradable que le hacía achicar los ojos. Yo se la devolví. No pudimos hablar porque la madre Benilde comenzó a presentar a las profesoras que iban a aleccionarnos durante aquel curso. Las conocía del año anterior y me aburría. Por eso me dediqué a estudiar a mi vecina de pupitre. Una cara mofletuda, una nariz chata y unos ojillos minúsculos de un color indefinido, un poco rasgados,

entre azulados y grises, que destellaban medio escondidos entre unas bolsas considerables. Desde la distancia que la miraba, más o menos dos palmos, no me pareció nada excepcional, aunque eso carecía de importancia. En aquella época ninguna de nosotras era demasiado agraciada. La mayoría llevábamos correctores dentales que nos daban aire de vampiro. Por no hablar del acné. Unas éramos altas, grandullonas y desgarradas. Como si la naturaleza hubiera decidido desarrollarse de una forma abrupta y descoordinada y la nueva imagen de medio adultas desdijera lo chiquillas que seguíamos siendo. En ese grupo me encontraba yo. Otras, por el contrario, continuaban atrapadas en un cuerpo infantil, y su urgencia por crecer se reflejaba en los rasgos resabiados que adquirirían sus caras menudas. Ese era el grupo al que pertenecía ella. Su hermana Alejandra era muchísimo más lucida, como su madre.

También conocía de vista a su madre. Más bien la había vislumbrado por las ventanillas del Jaguar verde que cada tarde se detenía a la entrada del colegio. A veces, en primavera, aparecía descapotado. A pesar de que eso me permitía contemplarla mejor, solo la conocía de cuello para arriba. Me la imaginaba alta y esbelta. Me llamaba la atención su melena jugosa, ondulada y abundante, y unas gafas muy sofisticadas —cuyos extremos apuntaban atrevidos hacia las sienes— que la dotaban de un fascinante aire de actriz. Se la veía muy joven. Entre nuestras madres se hablaba de ella. Atribuían aquel aspecto juvenil a los múltiples tratamientos a los que, no sé por qué motivo, estaban seguras de que se sometía.

—Bolinde te ha hecho una buena faena —susurró Emma.

No pude menos que reírme. Era realmente certero el apodo que había puesto a nuestra tutora. La madre Benilde, además de bajita, era redonda como un botijo.

—Veo que estáis muy entretenidas —nos increpó la religiosa.

No me costó descubrir que Emma era una chiquilla muy abierta. Aquella mañana, en el recreo, me presentó a sus amigas. Tampoco me costó percibir que las demás se sentían agasajadas por esa amistad.

Nos habló de las vacaciones en Saint Barth con su familia.

—En realidad la isla se llama Saint-Barthélémy —apostilló afrancesando el acento.

Nos habíamos sentado en las gradas de las pistas situadas junto al lago. Mientras engullíamos nuestros bocadillos, la escuchábamos embobadas. Emma estaba acuclillada. Se estiró la bata hasta que consiguió que le cubriera las piernas. Explicó que habían ido de pesca en una barca tripulada por indígenas. Los nativos asaron en la playa las doradas y las langostas que habían pescado con sedales durante la mañana y las sirvieron sobre hojas de palma.

—Mamá dice que es la isla más bonita del Caribe porque, mire a donde mire, no consigue localizar a una sola persona vulgar.

Las demás rieron de aquella sentencia tan esnob cubriéndose, como ella, las piernas con la bata.

—Es una esnob de narices —dijo poniendo los ojos en blanco.

Y ese concepto, esnob, lejos de ser una crítica, adquirió connotaciones de inmunidad, de buen gusto, de saber hacer, de tener en la mano la posibilidad de disfrutar de placeres solamente permitidos a unos pocos, de tener el privilegio de observar la vida a través de unas lentes rosadas y envolventes. Luego se dispuso a repartir unos collares de caracolas que había comprado a un hombre que vendía abalorios en la playa. Conmigo no había contado e hizo un mohín de preocupación.

—Toma el mío —dijo, quitandoselo para colgármelo en el cuello. Me pareció precioso y se lo agradecí.

Aquella tarde me informó, con pelos y señales, de todas las lagunas a las que la voz popular no sabía dar respuesta. Su madre se había casado a los veintiún años y había tenido a Alejandra, la mayor de los tres hermanos, a los veintidós. Jamás se había sometido a una operación de estética. Es más, acostumbraba a decir que a las mujeres operadas se les ponía cara de asustadas. Su abuelo materno era de origen inglés, aunque llevaba prácticamente toda la vida afincado en España. El título de lord de su bisabuelo lo había heredado el hermano mayor de su abuelo. Y su padre, se pasaba la vida viajando de aquí para allá y sus telas eran codiciadas por los modistos más renombrados del planeta.

—¿Christian Dior?

—Christian Dior y muchos más.

Llegó a hacerme olvidar que Benilde le había encomendado que me cuidara.

A última hora, nuestra tutora nos dio clase de religión. Emma me miraba, divertida, hinchando los carrillos. Yo dibujé en una lámina una ánfora más ancha que larga de la que salían dos piernas redondas y unos brazos regordetes. Incluí dos ojillos saltones y unas gafas enormes y se la pasé furtivamente a Emma.

—Tía, qué bien dibujas —murmuró con admiración.

Ella añadió al dibujo una toga y un crucifijo. Tal fue la risa que nos entró que acabamos castigadas fuera de la clase.

—Empezamos muy mal el curso —nos recriminó la madre Benilde.

Durante nuestro pequeño destierro en el pasillo, Emma me contó que quería ser actriz y yo le confesé que aspiraba a convertirme en pintora.

—¿No te parece curioso que dos artistas coincidan en pupitres tan próximos? —dijo.

Naturalmente, le respondí que sí.

Esa tarde, el paseo de vuelta a casa me resultó corto y ligero. Descubrí que las calles por las que habitualmente transitaba, avenida Foix y Doctor Ferrán, eran una larga bajada. Sentía las piernas ágiles, sin peso. Creo que canturreaba algo mientras acariciaba las caracolas del collar que me había regalado Emma. Debía de estar realmente contenta, porque al llegar a casa ni siquiera me molestó percibir aquella varada a humanidad concentrada que se formaba, por las tardes, al convertirse en sala de espera.



Cuando mi madre apareció por el dintel de la puerta, el recibidor de mi casa ya era un auténtico recibidor. Mi padre había trasladado su lugar de visita a un centro multiconsulta donde cada médico alquilaba su despacho y compartían una misma secretaria, y mi madre andaba demasiado sobrada de tiempo.

—¿Has abierto el sobre? —preguntó, sentándose a los pies de mi cama mientras aplanaba la colcha con la palma de la mano.

Pestañeaba. El labio superior se le escapaba un poco hacia arriba en un gesto, seguro que involuntario, que indicaba sin el menor atisbo de duda que no pensaba permitir una nueva evasiva por mi parte. Como no quería prolongar su agonía, le mostré el tarjetón forzando la máxima indiferencia. Mi madre prácticamente me lo arrancó de las manos y lo leyó con detenimiento.

—Supongo que no irás —más que una suposición, parecía una súplica.

—Lo pensaré —respondí fingiendo desperezarme.

No la convencí.

—Lucía, no aceptes la invitación. El contacto con los Doria siempre te desbarata.

No respondí. Solo le acaricié la mano e hice un leve gesto indicándole que me dejara tomar la decisión a mí.

Luego me besó en la frente.

—Piénsalo bien, cariño, ya te hicieron daño una vez.